

Sara Blædel

**Nieve verde**  
El primer caso de la  
detective Louise Rick

Traducción del danés de  
Sofía Pascual Pape

 Siruela

Nuevos Tiempos

*A Anne, Gitte, Kristina y Lone,  
porque estáis allí*

El teléfono móvil vibraba en el alféizar de la ventana. Estaba puesto en modo silencio y así solo el vibrador revelaba con su insistencia que alguien estaba intentando llamar.

Louise Rick se había metido en la bañera. La espuma había desaparecido y cuando abrió los ojos se dio cuenta de que el agua estaba más fría que tibia.

Eran las nueve y media de la mañana. Afuera, en el patio, brillaba el fuerte sol del mes de marzo. Se había perdido en cavilaciones y no tenía ganas de abandonar el mundo en el que se había sumergido.

Por un instante consideró la posibilidad de vaciar la bañera, volver a llenarla de agua caliente y de cantidades ingentes de fragante espuma y darse otro baño, pero no sería lo mismo. La habían interrumpido y no volvería a aterrizar en el mismo lugar de sus ensoñaciones. Era como cuando te arrancan de un bello sueño. Pocas veces logras volver a adentrarte en él.

Al salir del agua, su codo se golpeó contra el grifo y Louise reaccionó instintivamente encogiendo el brazo.

Calculó que hacía cinco horas que se había acostado y que faltaban poco más de dos para que el equipo se reuniera en una breve sesión informativa en la sala de reuniones del departamento A de la jefatura de Policía. Ahora mismo daría lo que fuera por librarse.

Lanzó una muda súplica para que su ruego llegara al departamento de Homicidios y Suhr postergara la reunión, aunque solo fuera por unas horas.

Agarró la toalla de rizo azul marino antes de salir de la ba-

ñera, se envolvió el pelo en ella y alargó el brazo para coger el albornoz que estaba colgado detrás de la puerta. Se palpó el cuerpo: le escocían los ojos y estaba tan cansada que de haberse echado en el suelo en aquel momento se habría quedado dormida. Pero a su vez la conversación de la noche anterior seguía resonando en sus oídos.

El dolor continuaba instalado en su diafragma. No era un dolor personal, sino el dolor que le alcanza a uno al ser testigo de cómo la vida de alguien se hace añicos, lo que ocurre cuando la tragedia se ceba con una persona; cuando la muerte y el desastre dejan de ser algo que aparece en las noticias y se convierte en un estado en el que se está irremediablemente inmerso.

Una vez en la cocina, Louise puso agua a hervir para el té y sacó un enorme vaso de café con leche de la vitrina. Había empezado a beber té en vasos grandes. Era la medida ideal, más que una taza y menos que una tetera.

Se quedó traspuesta mirando por la ventana que daba al patio. Se sentía vacía por dentro, pero sabía que se recuperaría y, como tantas otras veces cuando estaba de ese humor, pensó en el día en que la habían enviado al barrio de Østerbro en acto de servicio.

Dos hombres de veintitantos años habían sido agredidos en Nordre Frihavnsgrade. Uno de ellos, un tipo que se llamaba Morten Seiersted-Wichman, fue arrojado brutalmente contra el escaparate de una tienda de ropa, pero antes los agresores lo tiraron al suelo, luego le patearon la cabeza unas seis o siete veces antes de recogerlo de la acera y empujarlo con tal fuerza contra el escaparate que quedó hecho añicos.

Más tarde, el médico forense diría que Morten no había estado consciente cuando el escaparate de cristal macizo le seccionó la carótida.

El segundo agredido fue el cuñado de Morten, Henrik Winther. Louise lo recordaba como un tipo alto y delgado. Tuvo más suerte. La policía estimó que los agresores se habían desahogado con Morten, y que posiblemente se habían asustado al ver la sangre que brotaba de su cuello. Henrik Winther se había librado con una nariz destrozada y una costilla hundida.

Entonces Louise trabajaba en la Brigada de Investigación Criminal. La muerte de Morten se instaló como un dolor per-

manente en su interior, no tanto la agresión en sí como lo que sucedió cuando tuvo que transmitir el mensaje a su pareja.

Media hora más tarde, después de que las ambulancias se hubieron llevado a los dos hombres, Louise llamó a la puerta de la novia de Morten, de veinticuatro años. Cuando la puerta se abrió, le dio tiempo a interpretar el rostro abierto y sorprendido de Charlotte Winther mientras decía: «Hola. Vaya, creía que eran Morten y Henrik. Se han dejado las llaves».

Louise ya no recordaba cuáles fueron las palabras exactas que utilizó para contarle a la chica lo sucedido. Pero lo que sí quedó grabado en su memoria fue la forma en que Charlotte Winther había ido cambiando de semblante, desde la ilusión porque su novio había vuelto, pasando por el desconcierto y el asombro porque la policía se hubiera presentado en su casa, hasta, finalmente, el derrumbe.

En el tiempo que tardó hasta que el mensaje de Louise caló, Charlotte Winther asintió con la cabeza varias veces y dijo que sentía profundamente lo que había sucedido. Era terrible, desde luego, pero era imposible que fuera Morten la víctima, porque él simplemente había ido al 7Eleven con su hermano.

Louise volvió a ver la mirada de Charlotte Winther en su cabeza mientras seguía sosteniendo que era imposible, que Morten y Henrik no habían tenido tiempo de ser agredidos. Además, nadie era agredido a plena luz en el barrio de Østerbro. Eso no pasa, repetía una y otra vez con la desesperación atrancada en el cuello. Sin embargo, en sus oscuros ojos Louise pudo leer que la verdad empezaba a penetrar poco a poco.

Louise había oído débilmente cómo sus colegas subían las escaleras a sus espaldas. Quiso introducirse en el pasillo y llevarse a Charlotte de vuelta al salón para que pudieran sentarse juntas a hablar. Pero de pronto ni siquiera pudo moverse. Se quedó mirando a la joven, asustada, mientras la parálisis se extendía por su cuerpo.

Entonces percibió un chasquido en el pecho de algo rompiéndose y a continuación una ola de desesperación que se abría paso a través de su cuerpo. Su garganta se cerró y sintió cómo se bloqueaba su tráquea.

En la cocina, con el vaso de té en la mano, Louise todavía

era capaz de evocar el sabor que llenó su boca cuando se volvió y vomitó sobre el felpudo del vecino. Recordó la humillación que le había supuesto saber que su rostro estaba estriado por las lágrimas y que olía a vómitos.

Levantó la vista y vio que su compañero la estaba mirando. Había cerrado la puerta principal para que nadie pudiera verla desde el pasillo. Louise se disponía a decir algo cuando sintió que le sobrevenía una nueva oleada de vómitos. La bilis brotó de sus entrañas y salió por su boca. Se secó con la manga del abrigo y descubrió que estaba temblando.

¿Qué le había ocurrido? Debería haberse ocupado de la mujer desdichada y resulta que ni siquiera era capaz de ocuparse de sí misma. Louise se sintió como si hubiera salido de su propio cuerpo y se hubiera metido en el de Charlotte Winther. Tenía ganas de volver a abrir la puerta que daba al pasillo y sentarse al lado de la joven y llorar con ella.

En vez de eso, advirtió que su compañero la llevaba un par de peldaños más arriba. Antes de que él empezara a sacudirla, Louise atrapó su mirada llena de ira y aversión hacia ella. Le hablaba en un tono de voz muy bajo para que sus palabras no llegaran hasta el interior del piso.

—¿Qué demonios te pasa? Si estás enferma, vete a casa. Y si no lo puedes soportar, vuelve al coche y termina de llorar allí. Lo último que necesitamos aquí es a una supuesta profesional que no sabe cómo hay que comportarse —bufó.

Louise se había sentido muy pequeña. Pequeña e insegura. La parálisis todavía atenazaba su cuerpo cuando llegó al coche. Temblaba, como si fuera ella a quien le acabaran de transmitir el terrible mensaje. Más tarde pensó que seguramente habría alguien en el mundo de las terapias alternativas capaz de explicarle por qué de pronto había adoptado los sentimientos de Charlotte Winther, como en una especie de experiencia extra-sensorial.

Louise añadió azúcar y leche al té. Normalmente lo tomaba solo, pero cuando estaba falta de energía o tenía resaca le ponía de todo.

Entró en el dormitorio, se quitó el albornoz y se metió debajo del edredón. Por si acaso puso el despertador: tres cuartos de

hora. Alargó la mano para coger el periódico del día que había dejado sobre la mesita al llegar a casa.

La experiencia en el barrio de Østerbro le había costado una semana en cama, una visita a Jakobsen, el psicólogo de cabecera del departamento A, en el Rigshospitalet, el hospital del reino, y la aceptación de la evidencia de que no era tan dura como había creído.

Jakobsen le había explicado que no había nada extraño en lo que había experimentado. Era un colapso psíquico en toda regla, provocado por los fuertes sentimientos que afloran precisamente en este tipo de trabajos. Le describió la forma en que ella se había puesto mentalmente en el lugar de Charlotte. Había abandonado su función de mensajera y se había colocado emocionalmente al lado del receptor, algo que, sin lugar a dudas, no era demasiado profesional. Entre sus compañeros de departamento se llegó a comentar que era una clara señal de debilidad, esa aparente incapacidad de dejar a un lado sus sentimientos íntimos en el cumplimiento de sus obligaciones profesionales, en casos difíciles, como asesinatos, agresiones y abusos a menores.

Lo que había ocurrido era al mismo tiempo bueno y malo, le dijo Jakobsen, porque evidentemente no era bueno que fuera incapaz de mantener una actitud profesional en una situación apurada, pero a su vez era sano saber sentir lo que sufría la gente a la que había sido enviada en acto de servicio.

Tuvo que pasar un año para que Louise pusiera la suficiente distancia con el colapso que había sufrido y no temiera romper a llorar al sentarse frente a un familiar, pero el miedo a no dar la talla en esta clase de situaciones seguía latente.

Louise renunció a leer el diario porque le bailaban las letras. Lo acababa de soltar en el suelo cuando oyó el móvil vibrar en el baño. Le daba pereza cogerlo, se quedó echada un rato más y finalmente, a pesar de todo, decidió levantarse. Podía ser Suhr que había escuchado su plegaria y había pospuesto la reunión. Sacó las piernas de la cama y se fue al baño.

–Louise Rick –dijo.

–¿Has visto el periódico?

La voz de Camilla sonaba consternada.

Louise consideró por un instante decirle que estaba a punto

de salir de casa, pero se conocían desde segundo de primaria y desde entonces Camilla era su mejor amiga. Por lo tanto, sabía que no le serviría como excusa para quitársela de encima.

Camilla Lind ya había declarado en la Facultad de Periodismo que pretendía convertirse en la primera periodista mercedora de al menos dos premios Cavling. Había soñado con llegar a ser algún día una afamada corresponsal de guerra. Se imaginaba a sí misma como la versión femenina del noruego Åsne Seierstad, convertida en la joven del pelo largo y rubio que informaba desde el centro de la noticia, en Afganistán o en Bagdad. Sin embargo, siempre había algo con lo que Camilla se entusiasmaba y que se interponía en su camino hacia la fama y, así, todavía no había llegado a los focos de conflicto mundiales. En cambio, varios redactores y muchísimos lectores habían abierto los ojos a su manera de narrar historias humanas, y tal vez con eso hubiera podido conseguir el reconocimiento que tanto ansiaba, de no haber sido porque de pronto había cambiado de trayectoria y había decidido, en su lugar, cubrir sucesos de un modo serio y ecuánime, como solía denominarlo ella misma.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Camilla, esta vez con cierto tono de reproche en la voz—. He estado llamando sin parar a la comisaría, y también he llamado a tu móvil.

—Tengo el periódico aquí, pero no lo he leído. Y si no he contestado es porque estaba en el baño cuando llamaste —dijo Louise, dando por supuesto que había sido Camilla quien había perturbado su baño de espuma.

—Eso no suele impedirte hablar por teléfono —la pinchó Camilla, en clara referencia a todas las veces que Louise le había exigido que la pusiera al día de noticias y chismes mientras se repantingaba en la bañera.

—He pasado la noche en compañía de unos padres destrozos —se defendió Louise.

—¿Karoline Wissinge? Lo oí en las noticias de la mañana, en la radio.

—Me resulta casi insoportable. Tenía veintitrés años. Y el año pasado murió su hermano pequeño en un accidente de tráfico. Cuatro jóvenes que chocaron contra un árbol en la carretera de Amager. Tú misma escribiste acerca del suceso —recordó Louise de repente.



Todavía no se había acostumbrado a que su amiga de la infancia hubiera levantado el campamento y abandonado su puesto en el diario *Roskilde Dagblad* por un trabajo en la redacción de sucesos del *Morgenavisen*.

–Lo recuerdo. Era su hermano pequeño, ¿verdad? –preguntó Camilla con interés–. Dios mío, cuesta imaginarse que haya algo más duro para unos padres que eso.

Louise se dio cuenta de que su amiga estaba conmocionada. Ella también había tenido que recomponerse un poco cuando los padres le contaron, avanzada la noche, que apenas hacía un año que habían perdido a su hijo. La madre había llorado quedamente, mientras el padre le contaba a Louise todos los pormenores del accidente. Esta vez le había sobrevenido la conmoción de la misma manera, sin previo aviso.

El domingo por la tarde, un hombre que paseaba a su perro había encontrado el cadáver de una joven en el parque de Østre Anlæg. La lluvia llevaba cayendo insistentemente durante todo el día y, por lo tanto, había poca gente en el parque. Por eso el hombre no había dudado en soltar a su perro para que pudiera corretear libremente. Al principio no había reaccionado al oírlo ladrar con insistencia, pero finalmente le irritó tanto que el perro no obedeciera a su llamada que se acercó para ver qué pasaba. Detrás de uno de los bancos del parque descubrió un cuerpo. Estaba echado como si alguien hubiera intentado esconderlo debajo de los matorrales. Las ramas desnudas eran tan densas que resultaba imposible reparar a simple vista en el cuerpo que yacía en el suelo. A su vez, la fuerte lluvia había persuadido a muchos a quedarse en casa y los que, a pesar de todo, habían desafiado el mal tiempo y habían salido, avanzaban con paso firme y la mirada clavada en el sendero de gravilla para sortear los peores charcos.

–¿Qué es lo que ha sucedido, en realidad? –preguntó Camilla.

–La han estrangulado.

–¿Violada?

–No me lo preguntes. Ya sabes que no puedo hablar contigo de esto –contestó Louise, irritada porque Camilla, a pesar de todo, lo intentara.

–¿Quién de los cuatro era su hermano? –preguntó Camilla, refiriéndose al accidente de tráfico.

–Se llamaba Mikkel Wissinge. Él no conducía. Solo tenía diecisiete años.

Louise casi era capaz de oír cómo Camilla intentaba recrear los rostros de los cuatro muchachos.

–Creo que lo recuerdo. Un chico rubio, parecía muy atractivo en la foto que teníamos de él.

–Es posible. Iba en el asiento de atrás y no murió de sus lesiones hasta el día siguiente.

–Pues es una buena historia. ¿Crees que alguien le habrá echado mano?

–No, no lo creo. Ni tampoco lo habrá, si yo puedo evitarlo.

Louise atacó a su amiga al tiempo que se maldecía a sí misma por haberle hablado de la conexión entre los dos casos.

–¿Es que no aprenderé nunca a mantener la boca cerrada? Siempre olvido que tú eres uno de ellos. Prométeme que no harás nada. Los padres ya no pueden más. Karoline vivía con su novio y él está en shock. Ahora mismo ya tienen bastante con lo que les ha tocado. Solo les faltaba tener que enfrentarse de nuevo con la muerte de su hijo.

Camilla gruñó algo entre dientes.

Louise se dio cuenta de que su voz había sonado más lastimera e implorante de lo que le hubiera gustado. Solo esperaba que su amiga lo respetara porque no tenía fuerzas para discutir sobre ética profesional. Por otro lado, también era consciente de que si no era Camilla quien escribía la historia, lo haría otro. Así eran las cosas.

Sin embargo, más de una vez se había enfadado con su amiga cuando estaba trabajando en un caso que, a su vez, Camilla tenía que cubrir para el periódico. Louise sentía que su trabajo se convertía en puro entretenimiento y que los periodistas exponían a los familiares al gran público en medio de su dolor. Esto siempre le había irritado profundamente, y le parecía una provocación adicional si era el nombre de Camilla el que firmaba el artículo. Algo que ocurría con cierta frecuencia. Al mismo tiempo, Louise era completamente consciente de que podía suponer una ventaja tener un contacto entre la prensa en quien poder confiar. Este tipo de relaciones siempre eran recíprocas.

Miró su reloj con el rabillo del ojo y se dispuso a levantarse.  
–Por cierto, ¿qué era lo que tenía que haber visto en el periódico? –preguntó.

–¿Te acuerdas de Frank Sørensen, que trabajaba en el *Roskilde Dagblad* cuando yo empecé allí? ¿El de la cabellera rizada que escribió un montón acerca de las bandas de moteros que en su día tomaron la ciudad? Apenas coincidí con él un par de meses porque aceptó un trabajo de reportero de sucesos en la capital.

–¿Qué pasa con él? –preguntó Louise, mientras intentaba evocar a ese tal Frank Sørensen. Tenía una cara bastante ajada, pero Louise recordaba su sonrisa juvenil, los profundos surcos alrededor de su boca, sus patas de gallo y su gran melena rizada y oscura. Lo había conocido un día que recogió a Camilla en la redacción del *Roskilde*. Aquella tarde fueron unos cuantos a tomar cervezas al Bryggerhesten, hasta que cerraron, y él había estado entre ellos.

–Ha muerto –dijo Camilla–. Lo encontraron en un cobertizo para bicicletas en el aparcamiento detrás del hotel SAS, frente a la estación de Vesterport.

–¿El Royal Hotel?

–Sí, en el patio, detrás de la casa de alquiler de coches Hertz. El periódico recoge la noticia del hallazgo de un cadáver, aunque no dice quién es. Me lo contaron cuando llegué a la redacción esta mañana. Es todo muy extraño –dijo Camilla.

Se hizo el silencio entre las dos amigas y Louise presintió que Camilla estaba a punto de echarse a llorar. Al tiempo descubrió que ella misma sentía cierto malestar, como una presión en el estómago. Aunque no podía decirse que conociera realmente a Frank Sørensen, siempre resultaba triste enterarse de que alguien a quien conocías había muerto súbitamente. Era muy distinto conocer la muerte de alguien a través del trabajo. A eso era capaz de enfrentarse, aunque el dolor de los familiares siguiera afectándole.

–¿Cómo ha muerto? –preguntó en un tono demasiado desapasionado, con la esperanza de poder evitar así el llanto en el que estaba convencida que Camilla prorrumpiría.

–La verdad es que todavía no lo sé muy bien. Por eso he estado llamándote con tanta insistencia. Para preguntarte si tú sabías algo –contestó Camilla.

–Si no se trata de un homicidio, no suelo enterarme de estos casos.

Louise había logrado salir de la cama y estaba buscando unos tejanos y un jersey en el armario ropero.

–¿Quién lo encontró? –preguntó.

En su cabeza ya iba camino de la reunión. Decidió que tomaría el autobús hasta la Estación Central y desde allí iría a pie hasta la jefatura de Policía. No tenía ganas de coger la bici.

–Por lo que tengo entendido, fue uno de los camareros que tenía que entrar a trabajar el domingo por la mañana y que se acercó al cobertizo para dejar su bicicleta. Terkel Høyer, nuestro jefe de redacción, se pasó por allí de camino al trabajo. Ahora parte del patio está acordonado y vuestra gente está trabajando allí. Supongo que no lo haría si mi antiguo compañero sencillamente hubiese caído muerto, ¿verdad? –preguntó Camilla, y le contó que había llamado al agente que estaba de guardia en la comisaría de la City. Él le confirmó que, efectivamente, habían encontrado un cadáver en esa dirección, pero no quiso decirle nada más.

–Ahora tranquila –dijo Louise–. Ya sabes que solo porque el agente de guardia te haya confirmado que ha habido una muerte, no significa que lo hayan asesinado.

Sin duda, era un poco extraño que hubieran enviado al equipo de técnicos forenses hasta allí, pero podía haber varios motivos para que así fuera, pensó Louise, e intentó sonar despreocupada cuando añadió:

–¡Señorita reportera de sucesos! Siempre se levanta acta cuando encontramos a un hombre muerto en la calle. Ya lo sabes. Y ahora no tengo tiempo para seguir hablando contigo.

–Solo que no logro entenderlo. Un hombre de cuarenta y pocos años no se cae muerto así por las buenas –prosiguió Camilla, ignorando por completo el intento de Louise de dar por terminada la conversación–. O al menos no ocurre demasiado a menudo. Así que, ¿serías tan amable de informarme? –pidió–. En primera instancia, a título personal. No te preocupes, no haré nada hasta que no me des permiso para ello. Solo siento curiosidad por saber qué diablos ha pasado.

–Te lo contaré a ti a título personal, así que haz el favor de no pregonarlo por la redacción. No sé si me dará tiempo a

averiguar gran cosa –dijo Louise, y miró su reloj. Ahora faltaba menos de media hora para que empezara la reunión y antes tenía que recoger sus documentos–. Camilla, tengo que dejarte. Voy a tener que pedir un taxi si quiero llegar a tiempo al trabajo. Pero no te preocupes, preguntaré por el caso. Hasta luego –dijo, y colgó el teléfono.